

Tejer el duelo

Margarita Cuéllar Barona

Mi padre tenía manos grandes, gruesas, hermosas. No sabía usarlas mucho, incluso sus caricias eran torpes. Dejaba caer el peso de la mano en mi coronilla y con ese mismo peso recorría la cabeza hasta llegar a la nuca. Retomaba el movimiento hasta que se le cansaba el brazo. Aprendí a esquivar su mano retorciendo el cuerpo como quien va a embestir con un gancho bajo y me le colgaba del cuello para darle un abrazo. El se reía creyendo que era parte del juego, bajaba la mano y ponía sus brazos alrededor de mi cintura, sujetándome fuerte, como queriendo retenerme.

Tenía una caligrafía preciosa. La J de su firma arrancaba de la línea baja del renglón y subía hasta tocar la línea superior, dibujando una gota perfecta. Pasando por punto de inicio, el lápiz seguía su recorrido y bajaba dos líneas más para hacer la misma gota invertida pero un poco más larga y más ancha. La barriga de la J regresaba de nuevo al punto de inicio y empataba con una perfecta *e* que a su vez empataba con una *s*, una *u* y una *s*. Siempre escribía en cursiva y prefería el lápiz aunque adoraba abastecerse de diversos utensilios de oficina. Su escritorio

era un tesoro para mi hermano y para mí quienes saqueábamos descaradamente los marcadores, lapiceros, lápices, portaminas, borradores, reglas, sacapuntas y papeles de colores que guardaba celosamente bajo llave.

Recuerdo también la manera en que agarraba el timón del carro con firmeza. Lo apretaba entre sus manos y las giraba, frotando los dedos y la palma de su mano contra el cuero del timón, produciendo un sonido que parecía agrardarle porque lo repetía varias veces, alternando las manos. Luego liberaba un poco la fuerza del puño y recorría el timón con las manos aún cerradas, acariciando las costuras que se escondían al reverso del mismo. Desde que mi padre murió he notado que hago el mismo ejercicio. Mis manos se embelesan recorriendo el reverso del volante, sintiendo sus texturas. Las yemas de mis dedos palpan los timones a los que tengo acceso, como si trataran de revivir aquello que sentía mi padre cuando los acariciaba.

Mi papá murió el 5 de abril de 2017. Una semana antes había entrado a cirugía de *bypass* a las 7.30 de la mañana. A las



“Fue entonces cuando me arriesgué a sacar la aguja, los hilos y me puse a tejer”.

8.15 llamaron nuestros nombres por el parlante y pidieron que nos acercáramos. Mi hermano y yo caminamos hacia la sala y cuando vimos a los dos cirujanos parados detrás de la puerta de cristal supimos que algo no iba bien. Mi padre había sufrido un infarto en el quirófano, nos dijeron que ya no podrían hacer la cirugía, que intentarían ponerle un *stent*, que el riesgo era mayor y que harían todo lo que estaba a su alcance. Unas horas después mi padre salió conectado a una máquina que hacía las veces de corazón, permitiendo que el suyo descansara.

Las enfermeras de la Unidad de cuidados intensivos (UCI) nos aseguraron que no era necesario que estuviéramos ahí, que ellas se ocuparían de él, pero yo no quería separarme de su lado. Esa misma tarde tomé posesión de la silla reclinable de su cubículo. Me senté a observarlo, no quería perderme el más mínimo cambio. Le hablaba y lo miraba por si su rostro me dejaba entender que podía oír mi voz. Quería hablarle y que supiera que estaba ahí, acompañándolo, pero no me sentía del todo cómoda. Por una parte porque nunca tuvimos una relación de charla; mi papá y yo jugábamos cartas, peleábamos si me hacía trampa, hablábamos de historia, me contaba sobre su niñez, pero nunca sostuvimos una conversación íntima. Si no se había dado en los cuarenta y tantos años que vivimos juntos no se iba

a dar ahora que él no podía responder. Por otra parte estaban las enfermeras, quienes podían escuchar lo que le decía. Todo resultaba demasiado cinematográfico para mí. Ya había visto esta escena miles de veces en películas y telenovelas y me sentía impostando, actuando, como si esa fuera yo para las cámaras, a lo Norma Desmond en la escena final de *Sunset Blvd* (1950). Sin embargo, no quería alejarme, quería rodearlo de amor, como él lo hacía con los abrazos que me ofrecía cada que yo esquivaba las palmadas que me daba en la cabeza y que él confundía con caricias.

Intenté leer los trabajos de mis estudiantes. Intenté leerle en voz alta. Nada. No lograba concentrarme. Los sonidos de la UCI son fuertes y poco a poco te vas interesando por lo que pasa en los cubículos contiguos. Además, leer es abstraerse del mundo que te rodea y yo no quería abstraerme de mi padre, quería acompañarlo y que él sintiera mi presencia. Fue entonces cuando me arriesgué a sacar la aguja, los hilos y me puse a tejer. Todavía me da algo pudor bordar y tejer en espacios públicos. Salí del closet hace ya varios años pero aún me da algo de pena porque sé que atraigo miradas; sé que la tarea no pasa desapercibida. No soy una abuela ni me visto como tal, soy una mujer educada, que trabaja por fuera del hogar, que teje como pasatiempo, y eso, parece ser, es algo que llama la atención. A veces escojo irrumpir los espacios tejiendo para ver las caras de los demás, medir sus reacciones, provocar... a veces me importa un pito y simplemente estoy en lo que estoy, otras veces quiero pasar desapercibida y concentrarme en lo mío. Como sé que la UCI es un lugar pequeño donde las personas entablan conversaciones con facilidad, sabía que mi acto no iba a pasar inadvertido. No obstante sabía que era la mejor manera de estar con mi

padre. Quería que escuchara mi voz y si no podía conversar directamente porque no me salía de manera espontánea, al menos podría escucharme conversar con otras personas y sabría que estaba a su lado. Cuando nos dejaban a solas, en la intimidad de su cubículo, mientras crocheteaba, me dejaba llevar por el ritmo de las cadenetas y le cantaba las mismas canciones que le canto a mis hijas a la hora de dormir. Nunca antes le había cantado a mi padre, pero él si me había escuchado cantarle a las niñas, sabía que conocía las canciones y que reconocería mi voz. Tejía para estar con él. Cantaba y conversaba para que me escuchara. Tejía para estar conmigo misma; tejía mi angustia y mi esperanza a la vez.

“Tejía para estar con él. Cantaba y conversaba para que me escuchara. Tejía para estar conmigo misma”.

Empecé varios proyectos y ninguno me convenció. Estaba fascinada con tres colores que, al azar, había combinado en una colcha que le hice a mi primera hija y quería tejer algo con esos colores aunque no sabía qué. De modo que tejía y destejía mientras escuchaba la máquina bombear la sangre de mi padre. Poco a poco fui notando como se fue dando un círculo que bien podría ser el centro de un cojín de estrella que quería hacer desde hacía un buen tiempo. Esa noche, mientras mi madre me remplazaba en el hospital, descargué un patrón para llevar conmigo

al otro día. Lo delicioso del crochet es que cuando una encuentra el ritmo de las puntadas se puede interactuar con el mundo. Por un lado te relaja y te hace perder la noción del tiempo, pero por otro te hace estar más presente. Mente y cuerpo se entregan al ritmo de la mano que engancha el hilo con la aguja, sientes la postura de tu cuerpo y cómo se te va cansando la mano pero no quieres detenerte. Una vuelta más. Mientras tanto, escuchas todo lo que te rodea, puedes entablar conversaciones e incluso, si ya te tienes confianza, puedes hacer las puntadas sin mirar el tejido.

Mi madre lo acompañaba en las noches y yo la relevaba por las mañanas. Me sentaba a su lado a tejer y escuchaba las conversaciones de los médicos, preguntaba por su corazón, indagaba por su evolución y la de los demás pacientes de la UCI. Tejía relaciones con las enfermeras y con los médicos que nos acompañaron. Cuando mi padre murió me dio tristeza dejar ese pedazo de mi atrás; dejarme sentada en ese cubículo vacío sin cuerpo que cuidar, sin tiempo por el qué preocuparme. El tiempo había vuelto a su curso y ya mi padre no estaba más en este.

Estoy segura que tejer me permitió acompañar a mi papá sin angustia, por el contrario, me permitió acompañarle con alegría y rodearlo de amor en los últimos días. Llevo sus manos en mis manos y fueron estas manos las que precisamente me ayudaron a sobrellevar esos días en los que todos teníamos los corazones rotos.

Margarita Cuéllar Barona

Literata y crochetera. Profesora del Departamento de Artes y Humanidades de la Universidad Icesi. www.icesi.edu.co/elcosturero